

Raquel Ferrández

Inmortalidad digital

Colonizar el planeta Muerte

Herder

Diseño de cubierta: Herder

© 2025, Raquel Ferrández

© 2025, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-5227-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta: QPPrint

Depósito legal: B-4 394-2025

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

ASÍ NO SE EMPIEZA	II
1. VIDAS OMNIVINCULADAS	17
El reparto de lo vincular	21
La totalidad de lo real	25
Googlea antes de pensar	28
Tecno-usura colonial	37
Muerte, romance y soledad	52
2. <i>UPLOADING THANATOS</i> . HASTA QUE LA MUERTE	
NO NOS SEPRE	57
Lápidas parlantes y muertos omnivinculados	64
<i>Muerteísmo</i> ilustrado. Diosas, caballeros y dragones	86
Colonizar el planeta Muerte	95
Los mártires de la felicidad	103
Hágase el favor de no extenderse demasiado	106
Inmortalidad del sur e Inmortalidad del norte	116
El cuervo Bhuśuṇḍa y el secreto de la longevidad	123
3. <i>EROS ONLINE</i> . NO ES UNA PANTALLA ESTO	
QUE ESTOY DESLIZANDO	127
El Eros omnivincular	135
<i>Laissez faire</i> a Eros	147
Anteros y la pestaña del mundo	161
El ritual del desencuentro	164

A la velocidad del orgasmo	170
<i>Catfishing</i> . Un puente de un solo lado	174
Fusión <i>in distans</i> . Todo por el <i>anti-cheating</i>	177
Calabazas de un avatar	182
 4. ERMITAÑOS EN LA ERA DE LA SIMPATÍA CÓSCICA	 213
El círculo inverso	215
La soledad prohibida	224
Qué puede salir mal	231
La libertad como desvinculación	239
Oye, Buda, ¿cómo puedo hacerme rica?	245
Poderes yóguicos vs. Poderes tecnológicos	257
 5. ¡OH, MIS SEÑORES DE AMOR!	 273
 GRACIAS	 283
 BIBLIOGRAFÍA	 285

A Brian O'Nolan, uno de mis muertos favoritos

ASÍ NO SE EMPIEZA

La literatura es intolerante a la domesticación, a cualquier raíz o significado determinado: no tiene casa, vive en moteles.

JUAN EVARISTO VALLS, *Metafísica de la pereza*

Me imagino a Artemisa sentada en un acantilado de Valdoviño, en Galicia, contemplando la niebla. Está bebiendo una copa de vino, no un vaso de agua como cuenta la historia. Ha disuelto en el vino un puñado de las cenizas de Mausolo, su marido, recientemente fallecido. Mientras permanezca una migaja de polvo, un rastro animal de Mausolo, el amor que los unió todavía puede engullirse, masticarse, saborearse. Los vecinos rumorean que ha perdido la cabeza. La llaman la viuda caníbal. Tan desprotegida por la razón, tan desolada, que la pobre se bebe a sus muertos. Pero Artemisa bebe lo muerto para devolver el amor a su fuente. Está bebiendo a Eros, no a Tánatos. Su necrofagia es una consecuencia de su *erofagia*.

En la versión gallega de esta historia, Artemisa no bebe su copa como si tomara un ansiolítico. No participa del Eros de la claustrofobia. Bebe a su esposo como un acto simbólico de despedida, practica el ritual consciente de dejar ir el

cuerpo amado a través del suyo propio. Para liberarse de él, lo introduce dentro de sí. Podría interpretarse como un gesto de respeto y complicidad, pero no por ello causa menos espanto. Los vecinos de Artemisa no están locos, ni son unos puritanos. Son personas sensatas que no pueden comprender que esa mujer se entregue de pronto a canibalismos voluntarios. A menos que la razón sea patológica y el dolor la haya trastornado.

El gesto de Artemisa nos sitúa en la frontera entre la animalidad y la mística, dos espacios que comparten continuidad y generan rechazo por motivos solidarios. En esa frontera se terminó el gobierno humano; no hay palabras que puedan salvarnos. En los límites entre el amor y la muerte, la ceniza y el cielo, lo mundano y lo trascendente, hay que ser Dios-animal para sostenerse. Y no dejarse domesticar por el reclamo de ninguna mitad.

Artemisa está tan sola en mi imaginación como lo está en las *Noches áticas* de Aulo Gelio. Hoy no le habría bastado con beberse el cuerpo de Mausolo. Para fusionarse de verdad con su marido, tendría que haberse tragado su *smartphone*. Algunos filósofos están convencidos de que este dispositivo se ha convertido en una extremidad de nuestro cuerpo, en una parte activa de nuestra mente. Defienden que el robo del *smartphone* debería considerarse una agresión a nuestrapersona, como si nos estuvieran robando una mano. Ahora el *smartphone* es parte del cadáver. Artemisa, disuélvelo en el vino. Brinda por Apple.

Lo cierto es que en el siglo XXI, Artemisa no tendría por qué beberse a nadie. Podría convertir a Mausolo en un *chatbot* y seguir hablando con él tras su muerte. El propio Mausolo podría haber entrenado a este *bot* antes de morir, compartiendo con él cantidades indecentes de información

privada. Con el dinero suficiente, podría haber entrenado a un avatar encargado de sustituirlo tras la muerte. Un *ciberghemelo* que distrajese a Artemisa del carácter irremplazable de la pérdida. Estaría diseñado según su apariencia física, programado para hablar tal y como lo haría él mismo. Mausolo pasaría a ser uno de esos muertos que se niegan a descansar, Artemisa pasaría a ser una de esas personas que no saben a quién llorar ni a quién extrañar. Después de un tiempo relacionándose con el Mausolo digital, su memoria estaría tan violada, tan confusa, tan errática, que no podría conciliar el dolor de lo irremplazable con ese imitador que ha devenido un compañero adictivo.

Las estrategias digitales de inmortalidad *no* buscan volver reversible la muerte. El carácter irreversible de la muerte a nosotros no nos provoca ningún duelo. Escuchamos a diario que las personas mueren, pero esto no nos causa mayor inconveniente. El duelo comienza cuando lo que muere irreversiblemente es para ti *irremplazable*. Solo entonces la ausencia empieza a tejer su cuerpo dentro del tuyo. Si no quieres verte sepultado por ese vacío corpóreo, tendrás que hacerle cosquillas a la carne viva que la muerte trae consigo. Más vale que aprendas a hacer reír a la ausencia y que la saques a bailar de vez en cuando. Porque ha venido para quedarse, para acompañarte. Y no va a desaparecer por mucho que progrese la inteligencia artificial.

Lo que busca la industria digital de la inmortalidad es remplazar lo irremplazable. Impedir la ausencia, suprimir el duelo, satisfacer el horror a la desaparición propia y ajena. El deseo de permanecer vinculados aun después de muertos forma parte de un ecosistema digital que se ha extendido a la vida física. Es solo un aspecto de un deseo más amplio que incluye la vinculación *a todo, para todo, en todo momento*,

simultáneamente, de forma permanente. La *omnivinculación* o el *omnilink* —el título original que tenía este ensayo—, es el verdadero sujeto y objeto erótico de nuestras vidas. Los muertos que se niegan a descansar son muertos *omnivinculados*, forman parte de un estilo de vida web, tal y como la describió su creador, Tim Berners-Lee: «La visión que tengo de la web es la de *cualquier cosa conectada potencialmente con cualquier cosa*».¹ La creación de la web es una historia de libertad en muchos sentidos. Nadie negará que la humanidad le debe una libertad sin precedentes a ese espacio global digital. Pero treinta años después de su creación, el deseo de reproducir esa libertad fuera del contexto digital, de hacer de nuestra vida física una extensión de la web donde uno pueda potencialmente vincularse a todo y todos, está haciendo de la *omnivinculación* una historia de sometimiento. Es difícil evitar la impotencia cuando uno está obsesionado con la omnipotencia.

Las oportunidades *omnivinculares* que nos brinda la tecnología campan a sus anchas en un desierto filosófico poco habituado a la alegría. El pensamiento crítico viene dado en forma de quejas y desesperanzas que parecen dictadas desde una suite del «Gran Hotel Abismo», donde tantos intelectuales gustan de refugiarse.² Falta sentido del juego para desafiar a los ideólogos del *tecno-neutralismo*. Una tendencia traviesa que nos invita a idealizar a las tecnologías digitales. Entre otras cosas, a los *tecno-neutralistas* se les olvida que la privacidad es un bien público. La vulneración de nuestros derechos y de nuestra integridad mental no obedece a ninguna torpeza por parte del usuario. Son factores *sistémicos* en forma de estrategias de diseño organizadas por todo un ecosistema digital que

1 Tim Berners-Lee, *Weaving the Web*, Nueva York, Harper Collins, 2000, p. 4.

2 György Lukács, *Teoría de la novela*, Madrid, Ediciones Godot, 2010, p. 20.

trasciende el comportamiento individual de cada usuario. Un diseño estructural que no responde a un accidente ni a un eclipse solar, sino al modelo de negocio de las grandes corporaciones tecnológicas.

La tendencia al tecno-neutralismo está presente entre los líderes de las grandes firmas del sector —los mismos que prohíben a sus hijos el uso de los productos que fabrican y diseñan—, pero también es una tendencia corriente entre los filósofos analíticos de la mente. Disponemos de artículos académicos, ampliamente citados, que recomiendan soluciones individuales a problemas sistémicos. Los *techno-bros* manejan un discurso similar a los gurús de la autoayuda. Pero es una autoayuda rigurosa escrita por especialistas, una autoayuda de *journal* científico. Las *apps* y servicios digitales a los que accedes a diario —vía web— están diseñados para distraerte, para hacer que te muevas frenéticamente por la pista de baile y dinámices las rutas del tráfico *online*. No se lucran del hábito de la contemplación, sino de incentivar en ti la tendencia a la hiperactividad. Te rastrean de un modo descarnado y monetizan cada uno de tus comportamientos y reacciones. Manipulan tus elecciones y están acostumbrados a sacar partido de la adicción que su diseño genera, tanto como tú estás acostumbrado a que te concedan al instante lo que pides. Pero la responsabilidad, se insiste, recae enteramente en el usuario. Resulta que puedes sobreponerte al capitalismo de la vigilancia tomando clases de *mindfulness* o practicando ciertas virtudes intelectuales cuando navegas por internet. ¡Será por virtudes! Somos más adictos a la virtud que al *smartphone*. Lo que ocurre es que nadie nos había explicado que a internet hay que hablarle en prosa, no en verso. Ya podemos dejar de fabricar sonetos compulsivamente con los dedos. El diseño adictivo de las *apps* nada puede contra una prosa virtuosa.

Este ensayo contiene partes amables, discursos directos, golpes muy claros. Y otras partes selváticas, discursos cuesta arriba, golpes subterráneos. Esta geografía rebelde refleja una tensión por mi parte, pues tiendo a la palabra caníbal y me siento cerca de Artemisa. Al borde de la incomunicación. En medio del ruido que la promesa tecnológica genera, me he tropezado con algunas voces subversivas. Presencias *omnijugadoras*, universalmente libres y brillantes, que habitan espacios adonde el éxito o la publicidad no llegan. Esas presencias estuvieron en todas las épocas, están en esta y estarán en las siguientes. A veces ríen incluso dentro de nuestras cabezas. Y eso basta para agradecer.

Hoy, igual que ayer, vivimos en un mundo hostil lleno de buenas personas.

Si usted es una de ellas, acepte, *leyente*, de mi parte esta reverencia.

I. VIDAS OMNIVINCULADAS

Supongamos que toda la información almacenada en los ordenadores de todo el mundo estuviera vinculada. Supongamos que pudiera programar mi ordenador para crear un espacio en el que cualquier cosa pudiera estar vinculada a cualquier cosa.

TIM BERNERS-LEE, *Weaving the web*

Los seres vivos suelen tener conciencia del sujeto y el objeto. Lo que diferencia a los yoguis es esto: ellos prestan atención al vínculo [entre ambos].

Vijñāna Bhairava Tantra, 104

El primer vínculo que me gustaría revisar es el que nos conecta a nosotros mismos con la *omnivinculación*. Con este término me refiero al deseo de vincularnos a un *todo* que alberga en su interior la promesa de cualquier acción, cualquier cosa y cualquier persona. La *omnivinculación* responde a un deseo por la *totalidad de lo real* anterior al desarrollo de internet, la web o cualquier clase de tecnología. En su manifestación actual, sin embargo, está mediatizada fundamentalmente por internet e

incluye cualquier clase de vinculación que forme parte de un programa más amplio de vínculos ilimitados. Por ejemplo, entre mi *smartphone*, mi coche y mi persona; o directamente entre mi mente y Google; o entre mi mente y cualquier sujeto, ya sean avatares remotos o vecinos anónimos; o entre un catálogo de rostros desconocidos que deslizo a derecha o izquierda en la pantalla de un dispositivo; o entre mis piernas, mis pantalones y mi tablet; o entre mis intereses musicales y un algoritmo que los registra, los clasifica y los amplía ilimitadamente; o entre todos esos vínculos ahora vividos en el interior de un mundo tridimensional de realidad virtual; o entre los vínculos creados en diversos mundos hechos de *bits* y los vínculos creados en este mundo físico hecho de átomos. En su estadio más radical, la *omnivinculación* incluye la posibilidad de vincular una copia de mi cerebro —entiéndase, de su *patrón de software*— a un soporte no biológico y volver a vincularlo después a otro soporte biológico o nanotecnológico.

El campo semántico de la *omnivinculación* trasciende la idea de una humanidad hiperconectada. No abarca únicamente la vinculación entre sujetos humanos, ni se limita al fenómeno de la interacción a distancia mediante plataformas como las redes sociales. Incluye también vinculaciones con seres imaginarios, legendarios o muertos —por ejemplo, puedes aprender a meditar de la mano de seres iluminados como el Buda tan solo con descargarte una aplicación, vincularte románticamente a una pareja cuyo avatar has personalizado tú mismo, o reconstruir digitalmente a un familiar fallecido para despedirte tal y como te habría gustado—. Incluye vinculaciones a objetos y vinculaciones entre los objetos mismos —por ejemplo, evita que vuelvas a casa sin yogur gracias al recordatorio que tu nevera le ha enviado a tu *smartphone* cuando detectó que pasabas cerca de un supermercado, o te permite hacer yoga con ropa

dotada de inteligencia artificial conectada a una aplicación que guía tus movimientos, registra tus métricas y corrige la posición de tu avatar para evitar lesiones—. Abarca también vinculaciones entre seres humanos que van más allá de las redes sociales y los medios telemáticos al uso —hace que puedas concertar una cita en tu barrio con un desconocido cuyo perfil ni siquiera has seleccionado tú mismo, puesto que dispones de un *matchmaker* IA que se encarga de realizar el *match* por ti, o te permite practicar sexo con el avatar de otras personas en un juego en línea de realidad virtual—. También incluye vinculaciones a situaciones hipotéticas que aumentan o complementan una situación real y te ayudan a decidir los futuros muebles que decorarán tu salón o el futuro color de las paredes de tu casa. Muchas otras posibilidades vinculares están incluidas, por ejemplo, todas las que puedan desencadenar partes de tu cuerpo como tu rostro, tu iris o un dedo de la mano; las vinculaciones que tienen lugar en el interior del propio sistema operativo del *smartphone* (ya sea ios o Android); las que se dan entre las propias aplicaciones o entre dispositivos que se transmiten internet los unos a los otros; o las vinculaciones que se desarrollan en los escenarios de una realidad virtual cuyo despliegue no ha hecho más que empezar. Algunas o todas estas situaciones vinculares están automatizadas ya en nuestra vida y suelen ser analizadas bajo la rúbrica de los datos, las métricas y la información. Sin embargo, en nuestra vida cotidiana no son vividas como datos enviados a través de protocolos estandarizados, sino como capacidades *vinculares* que procuran la sensación de que nuestra capacidad para actuar, comunicar, acceder, atender, y, sobre todo, para *desear*, no tiene límites. No solo incorporamos estas capacidades sin prestar atención a la naturaleza de las vinculaciones que nos ofrecen, sino que asumimos, por defecto, que su implementación no debería reportarnos ninguna consecuencia indeseada.

Si atendemos a los pronósticos, la vinculación será pronto ubicua y lo abarcará todo. Internet no es otra cosa que una red de redes que dota a cada usuario de una vinculación potencial con todo y todos, una red a la que accedemos a través de dispositivos vinculares como el *smartphone* con el que, a su vez, estamos tan vinculados que algunos lo consideran ya una parte activa de nuestra mente. La hipótesis de la mente extendida propuesta por Andy Clark y David Chalmers a finales de la década de 1990 se ha vuelto evidente incluso para quienes intentaron refutarla en su época.¹ Los dispositivos de realidad mixta o «aumentada» intentan mejorar la eficiencia de esta vinculación acoplándose más a nosotros de lo que lo hace un teléfono, al mismo tiempo que nos dotan de herramientas vinculares más sofisticadas —aumentando nuestra capacidad de percepción, reconocimiento e imaginación—. Los dispositivos de realidad virtual nos vinculan a universos virtuales tridimensionales que en el imaginario popular todavía siguen considerándose ilusorios o falsos, a pesar de que nos obligan a revisar la condición de realidad que le atribuimos al nuestro propio. La posibilidad de que la vinculación sea parte de nuestro cuerpo físico comenzó a explorarse hace ya décadas con las interfaces cerebro-ordenador, un proyecto que sigue recibiendo esperanza y financiación por parte de magnates como Elon Musk —su empresa en este sector lleva nombre de vínculo,

1 Así lo explicaba recientemente David Chalmers, refiriéndose a su colega, el filósofo Ned Block. A pesar del entusiasmo de Chalmers, sin embargo, su hipótesis está lejos de dejar de serlo. Su versión más segura afecta únicamente a un tipo de estado mental —las creencias— y no existe un consenso respecto a las condiciones que nos permitirían hablar de un sistema cognitivo conformado por el ensamblaje de nuestra mente + dispositivos tecnológicos como el *smartphone* o incluso la propia internet. Cf. David Chalmers, *Reality+*. *Virtual worlds and the problems of philosophy*, Nueva York, Penguin, 2023, p. 297.

Neuralink—. ² El ideal de la *omnivinculación* parece estar muy presente en la agenda empresarial de Musk. El magnate aspira a convertir su red social X —antigua Twitter— en una «mega-aplicación» (*everything app*) al estilo de la aplicación WeChat que los usuarios chinos utilizan para casi todo —desde enviar mensajes de texto hasta pedir un taxi—. WeChat funciona como una *omniaplicación* que engloba todos los servicios que ahora utilizamos de forma dispersa en nuestro *smartphone*, como aplicaciones individuales e independientes entre sí. Podría decirse que Musk aspira a ser el amo de la *omnivinculación*: en su monopolio reinará la libertad de expresión, de la que el empresario se declara defensor a ultranza, siempre y cuando no usemos esta libertad para contradecirlo a él. ³

El reparto de lo vincular

La siguiente revolución de internet, la internet de las cosas (*Internet of Things*, IoT) recrea el escenario de una *simpatía cósmica* extendiendo la vinculación a objetos hasta ahora des-

2 También Eric Schmidt, antiguo CEO de Google, menciona el escenario futuro de seres humanos vinculados a Google mediante un implante neural. Cf. Eric Schmidt y Jared Cohen, *The New Digital Age: Transforming Nations, Business and Our Lives*, Nueva York, Penguin, 2014.

3 A pesar de considerarse a sí mismo un «absolutista de la libertad de expresión», Musk vetó las cuentas de la plataforma X que se burlaban del magnate y continúa cancelando contratos de las figuras públicas que le hacen entrevistas incómodas. Cf. Billy Perrigo, «Twitter Bans Accounts Mocking “Free Speech Absolutist” Elon Musk», *Time*, 7 de noviembre de 2022, <https://time.com/6229960/twitter-bans-accounts-elon-musk-impersonators> [última consulta: octubre de 2024]. Cf. también: Luis Pablo Beauregard, «Elon Musk cancela un contrato con una exestrella de la CNN tras una entrevista incómoda», *El País*, 13 de marzo de 2024, <https://elpais.com/tecnologia/2024-03-13/elon-musk-cancela-un-contrato-con-una-exestrella-de-la-cnn-tras-una-entrevista-incomoda.html#> [última consulta: octubre de 2024].

favorecidos en el «reparto de lo vincular», tales como lavadoras, puertas, neveras o prendas de ropa. A principios del siglo XXI, Neil Gross predijo el advenimiento de una nueva «piel electrónica» para nuestro planeta: «En el próximo siglo, el planeta Tierra se pondrá una piel electrónica. Utilizará internet como andamiaje para sostener y transmitir sus sensaciones. Esta piel ya se está cosiendo».⁴ Hoy en día, esta piel se ha sofisticado considerablemente y haríamos mejor en considerarla una especie de placenta inalámbrica. Su proyección trasciende el ámbito doméstico y se orienta a crear ciudades «inteligentes» —equipadas con hospitales inteligentes, escuelas inteligentes, carreteras inteligentes e incluso una industria armamentística inteligente (la internet de las cosas militares)—. Si pensamos que internet ya tiene suficiente importancia en nuestras vidas, en las próximas décadas se habrá convertido en una clase de *pneuma* —etérea, omnipresente y *omnivincular*.

Este deseo por vincularnos a todo y todos, trascendiendo las barreras del tiempo, del espacio y hasta del propio plano de existencia, está en la base de las fantasías y angustias que explican nuestro modo de vida actual y la dirección en la que se ha desarrollado la tecnología occidental. Sin embargo, no es el único sentido que atribuyo al prefijo *omni*. Su imperativo totalitario incluye también el factor temporal. La *omnivinculación* implica una vinculación constante e instantánea que será cada vez más difícil dejar en suspenso en todas sus variedades, pulsar un interruptor de apagado que la neutralice por completo. Esto incluye también el fenómeno multitarea o *multitasking*, una actitud con la que nos hemos acostumbrado a vivir atendiendo a

4 Neil Gross, «The Earth will don an electronic skin», *Business Week*, 30 de agosto de 1999, <https://www.bloomberg.com/news/articles/1999-08-29/14-the-earth-will-don-an-electronic-skin> [última consulta: octubre de 2024].

muchas actividades o situaciones a la vez, puesto que la *omnivinculación* requiere para su buen funcionamiento de individuos que estén dispuestos a corresponder el mayor número posible de vínculos de *todos* los que se le brindan a cada instante. La lealtad a la *omnivinculación* toma la forma de un budismo estropeado cuando intenta defenderse a sí misma alegando que es así como una persona se concentra mejor —dispersándose—; o cuando defiende que una persona puede estar plenamente presente en una conversación y al mismo tiempo atender constantemente a su *smartphone* —la persona no está ausente, sino que ha devenido omnipresente—. La dialéctica entre la ausencia y la omnipresencia es tan inherente a la *omnivinculación* como lo es la dialéctica entre la impotencia y la omnipotencia. El ideal de *libertad como omnipotencia*, que incluye la capacidad de omnipresencia, constituye otro de los sentidos que explican el prefijo *omni*.

De un modo significativo, la *omnivinculación* también afecta a la idea del cese del propio tiempo, del cese de la vida *omnivinculada* que ahora se dota a sí misma de los medios para prolongarse, vinculándose a otros sustratos desde los que seguir participando del entramado *omnivincular*. Muchas de las estrategias con las que se intenta hacer frente al problema de la superpoblación en caso de que la prolongación de la vida sea posible, o al problema de los recursos biofísicos que exige sostener toda esta *omnivinculación* inteligente, apelan a la hipotética colonización de otros planetas, extendiéndose así el vínculo a dimensiones galácticas. En el sector de la colonización espacial, uno de los proyectos de la empresa SpaceX, de Elon Musk, vuelve a tener nombre de vínculo —Starlink—. Se trata de una constelación de satélites que permite a sus clientes vincularse a internet de alta velocidad desde *casi* cualquier lugar del mundo.

La tendencia actual consiste en reducir el usuario al conjunto de vínculos o *links* que determinan su biografía. Iniciativas como Linktree te invitan a concentrar todos los *links* de los que se compone tu vida (redes sociales, webs, blogs, etc.) en uno solo que puedes anunciar cómodamente en todas tus biografías. Uno de sus eslóganes lo resume muy bien: «Todo lo que eres. En un simple *link* en la bio».⁵ De esta forma, puedes *omnivincular* tus propios vínculos: reunir todos tus brotes dispersos en tu propio árbol *omnivincular*, el cual, a su vez, no es más que un brote de un árbol mucho más gigantesco hecho con el *omnilink* de todos los individuos.

No tenemos tiempo para prestar atención al vínculo que nos conecta a la *omnivinculación* porque estamos demasiado ocupados vinculándonos a todo en todas partes. Sin embargo, hay quienes ya se han dado cuenta de que «la libertad de la atención humana puede ser la lucha moral y política decisiva de nuestro tiempo. Su éxito es un requisito previo para el éxito de prácticamente todas las demás luchas». Estas palabras las escribe James Williams, estratega de Google durante una década antes de cambiar de bando para advertirnos sobre las técnicas de manipulación empleadas por las tecnologías digitales con el único fin de distraernos masivamente. «Tenemos la obligación de recablear este sistema de persuasión inteligente y adversaria antes de que él nos recablee a nosotros», continúa Williams, «para ello es necesario crear nuevas formas de hablar y pensar sobre el problema, así como reunir el coraje necesario para avanzar en él de formas incómodas e impopulares».⁶ Para decirlo claramente: nadie se levanta por la mañana preguntándose cuál es el mayor tiempo posible que puede dedicar a cada

5 Cf. <https://linktr.ee>

6 James Williams, *Stand out of our light*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018, p. xii.

una de estas vinculaciones. Sin embargo, es así cómo valoran su éxito cada una de las empresas implicadas en la trama *omnivincular*: preguntándose cómo pueden mantenerte vinculado a sus productos el mayor tiempo posible. Este es el grave malentendido denunciado por Williams: creemos que las tecnologías digitales nos ayudan a realizar nuestros deseos, pero son ellas las que terminan decidiendo *cuáles* son esos deseos. Y ese fue su plan desde el principio: fueron diseñadas para eso. Williams lo ilustra con la metáfora del GPS estropeado, uno que al principio nos lleva al destino que le indicamos, pero poco a poco nos va llevando cada vez más lejos de la dirección que le damos. Profesionales como Williams son contratados por estas empresas con el único propósito de vincularnos a toda costa. Poco importa que ello implique empobrecer los vínculos con nuestra familia, pareja y amigos con el único fin de hacernos perder miles de horas de nuestro tiempo viendo un episodio tras otro en una plataforma de *streaming*. Inmersos en una maniobra de distracción eficazmente programada, la pregunta es qué clase de sociedad está construyendo la *omnivinculación* y en qué medida nosotros contribuimos a que sus objetivos se cumplan.

La totalidad de lo real

En su siglo XVI, Giordano Bruno definió a Eros como el «vínculo de vínculos» y propuso toda una serie de estrategias por las que el mago vinculante podía servirse de este poder para vincular a los demás.

De modo tal que el vínculo es una condición por la cual las cosas quieren estar donde están y no perder lo que tienen y, contemporáneamente, estar en todas partes y tener lo que no tienen: lo